

Pero ahora se pone en circulación otro libro del mismo Sr. Bulnes que lleva por título «EL VERDADERO JUÁREZ Y LA VERDAD « SOBRE LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO,» libro ante el cual sólo puede guardar silencio quien esté enteramente destituido de amor patrio, y el que haya llegado á tal grado de degradación que pueda escuchar con indiferencia los injustos cargos con que el Sr. Bulnes intenta deturpar al gran Juárez y los insultos que prodiga, no sólo á los heroicos combatientes mexicanos en la segunda guerra de independencia, sino á la Nación entera.

Comprendí que para contestar y refutar la última obra del Sr. Bulnes era preciso perder una gran suma de tiempo recorriendo archivos y bibliotecas en pos de infinidad de documentos oficiales, labor casi imposible para quien tiene otras preferentes con las que subsiste.

Pero esas dificultades no me arredraron, y haciendo cuanto sacrificio me ha sido posible, emprendo esta labor, quizá la última que en mi cansada vejez pueda consumir.

Y la ofrezco á mi Patria, como humilde homenaje de la adoración que por ella tengo.

México, Agosto 26 de 1904.

Hilarión Frías y Soto.

PRIMERA PARTE

El Génesis de la Intervención

CAPITULO I

LA IGNORANCIA DEL SR. BULNES

Poner en erección un gran talento, hartarlo con una mala y trunca erudición histórica, indigestar con esta el cerebro y fustigarlo con un hidrófobo odio político para ir á vomitar acusaciones é insultos sobre la tumba de un muerto ilustre. he aquí la síntesis de la obra del Sr. D. Francisco Bulnes, intitulada «EL VERDADERO JUÁREZ Y LA VERDAD SOBRE LA INTERVENCIÓN Y EL IMPERIO.»

Y ese libro, que debiera llevar la firma, no del Sr. Bulnes sino la de D. Lucas Alamán, ha circulado por la Capital y comienza á llegar á los Estados, levantando por todas partes olas de indignación y haciendo surgir en la prensa periodística enérgicas protestas, á la vez que algunos brillantes escritores se aprestan á afrontarse con el audaz acusador de Juárez y contra el que tan despectivamente califica al pueblo mexicano llamándolo traidor y cobarde.

Yo, el viejo periodista jacobino, yo el más insignificante de los escritores mexicanos, también vengo á tomar mi puesto de combate en esa cruzada.

No vamos, los que refutemos el libelo histórico del Sr. Bulnes, á liberar la tumba de un Dios del dominio de los in-

fieles: para nosotros, el Sr. Juárez no es un ídolo, ni un fetiche; es un gran hombre que ha llegado á la inmortalidad llevando en su hoja de servicios los grandes, los inmensos que prestó á la Patria.

Ante esa tumba vamos á hacer *guardia de honor* para impedir que el insensato Sr. Bulnes la manche con cuanto fango le ministra el rencor implacable de los traidores y clericales.

Yo no sé, no me explico qué espíritu pudo haber inspirado ese libro negro, á no ser que en su desequilibrio cerebral, muy marcado ya, el Sr. Bulnes, ávido de escándalo, eligiera en su delirio impulsivo al más prominente de nuestros hombres ilustres muertos, para desgarrar á mordidas su renombre y su gloria.

Pero si el Sr. Bulnes ha tenido gran dosis de valor para cometer su atentado histórico, á mí me sobra para sujetar á ese furioso demente, aplicarle la *camisola de fuerza* y hacerlo volver al mundo del juicio y de la razón.

Yo no fui juarista; en mi obscura vida política combatí la administración del Sr. Juárez, tanto por la prensa, como en la tribuna del *Cuarto Congreso de la Unión*, al que tuve la honra de pertenecer.

Sin embargo, no fui enemigo del Sr. Juárez y siempre reconocí su gran valer.

En 1870 publiqué un libro intitulado «MÉXICO, FRANCIA Y MAXIMILIANO» y lo dediqué al C. Presidente de la República Benito Juárez. en los términos siguientes.

«*Algunas veces he tenido la honra de impugnar la política implantada en el país por la administración de Ud. Y como esto me aleja, naturalmente, de la órbita del poder. cuando dedico á Ud. el presente bosquejo histórico, no podrá inculparseme de que adulo al Primer Magistrado de la Nación.*»

«Soy de la raza que sólo ante los principios inclinan la frente, jamás ante los hombres.....»

«Hay un hecho que habla muy alto, y es que, cuantos han escrito sobre la intervención, aun los extranjeros, y aun los franceses mismos, todos han confesado á Ud. las altas dotes de un patriotismo sin mancha y de una constancia he-

«róica al luchar por la independencia de México durante aquellos años de angustia y de prueba.

«El aplauso del enemigo es la ovación más honrosa que puede Ud. alcanzar.

.....
«En el monumento que levanten nuestros hijos en conmemoración del triunfo de México luchando por su autonomía, grabarán un nombre, como la personificación perfecta de esa gloria nacional. Ese nombre será el de BENITO JUÁREZ.

«Y ese nombre no podía yo escribirlo en la concha de la ostra, arrojándolo fuera del suelo emancipado de la Patria.....»

Pero lo que no han hecho los opositores, los enemigos y los que combatieron por derrocar al Sr. Juárez, lo hace el Sr. Bulnes, intentando condenar al ostracismo ese preclaro nombre que es hoy para los mexicanos un símbolo de libertad.

Y en esa obra nefanda el escritor recoge todo el limo que deja en su curso el torrente del odio clerical, todo el fango que brotó de la traición para querer manchar el limbo de gloria con que el pueblo mexicano orló la cabeza pensadora del noble indio de Guelatao.

¿Con qué materia prima tejió el Sr. Bulnes esa cadena de acusaciones que, como un grillete de infamia, intenta ceñir la pierna del héroe para derribarlo de su soclo inmortal?

El Sr. Bulnes preparó su obra antipatriótica, como prepara siempre todos sus trabajos literarios.

Recopiló una gran cantidad de libros, los leyó, ingirió una enorme cantidad de la materia que contenían, y no pudiendo digerirla sufrió un infarto cerebral que nubló su buen talento, extravió su criterio y arrastró su juicio por el caos del error y la sinrazón.

Es que los libros que eligió el Sr. Bulnes son muy malos y están perfectamente desautorizados, porque falta en ellos la verdad.

Es que el Sr. Bulnes leía preocupado por un prejuicio erróneo y por un odio latente; y buscó lo malo que pudiera haber en la vida pública del Sr. Juárez, desechando lo mucho que hay en ella de grandioso y meritorio.

He aquí por qué en las ochocientas setenta páginas del libro que voy á refutar no se encuentra consignado uno solo

de los muchos hechos gloriosos que se registran en la historia política del hombre de la Reforma y de la Independencia.

Y he aquí por qué el Sr. Bulnes, á pesar de su buena instrucción, incide en graves errores históricos, en torpes apreciaciones y funda éstas en datos enteramente falsos.

Todo esto lo demostraré en el curso de esta obra, no con declamaciones, sino con documentos oficiales de indiscutible autenticidad.

I

Desde la primera parte de su libro, intitulada EL ORIGEN DE LA INTERVENCIÓN, revela el Sr. Bulnes su profunda ignorancia en la historia contemporánea y especialmente en historia patria.

Porque á pesar de que esa parte del libro consta de ciento cuatro páginas, no se encuentran consignados en ellas los verdaderos factores del atentado cometido por Napoleón III contra México.

Verdad es que para velar su ignorancia el Sr. Bulnes se parapeta detrás de un autor francés llamado Jauret y del libro de éste, *Le Mexique devant les Chambres françaises*, copia algunos fragmentos en los que se asienta que hay que remontarse al 24 de Noviembre de 1858 para descubrir la primera intervención unida en los asuntos de México.

Y Jauret cuenta que en la fecha citada, Mon, embajador de España en Madrid, conferenció con Walewski, Ministro de Negocios extranjeros de Francia, acerca de la necesidad de establecer un gobierno firme y seguro en México.

Si el Sr. Bulnes, tan infatigable en el estudio, hubiera repasado nuestra historia íntima, en vez de recurrir á un escritor tan fantástico y mal informado como Jauret, habría sabido que desgraciadamente la insensata idea de traer una intervención extranjera á México, para fundar aquí una monarquía nació en cerebros mexicanos.

Sólo que eran cerebros de clericales y conservadores.

En 1840, diez y ocho años antes de la fecha citada por Jauret, imperaba en México el centralismo más despótico y sanguinario bajo la Presidencia del General Bustamante,

cuando se pronunciaron contra éste, Urrea que ocupaba á Tampico y el General D. Antonio Mejía.

Bustamante entregó la Presidencia á Santa-Anna, se puso al frente de una división y marchó sobre Tampico, á la vez que el General Arista con otras fuerzas hacia igual movimiento.

Urrea evitó el ataque de Arista y Bustamante, y en una marcha rapidísima logró unirse al General Antonio Mejía.

Pero Santa-Anna sintió este movimiento, y saliendo violentamente de la capital encontró á los pronunciados en Acajete, los derrotó, hizo prisionero á Mejía y lo pasó por las armas.

El General Tornel, que con el carácter de Ministro de la Guerra acompañaba á Santa-Anna firmó la orden del fusilamiento.

Urrea escapó, se ocultó en la capital y aprovechando los elementos revolucionarios que allí había se pronunció el 15 de Julio de 1840, sorprendió el Palacio Nacional y aprendió á Bustamante.

¿Por qué Urrea en vez de fusilar á uno de los asesinos del General Guerrero, le permitió salir libre del Palacio?

La debilidad de Urrea fué desastrosa para su partido; Bustamante ocupó el convento de San Agustín, organizó allí su gobierno y algunas fuerzas, y con ellas venció á los pronunciados, volviendo á ocupar el Palacio.

Grande sería la tarea de narrar las siguientes revoluciones, lo que no es materia de este libro.

Baste decir que alarmado el partido conservador con el pronunciamiento de Julio que amenazó de muerte al centralismo, con la vuelta del sistema federativo, un yucateco indigno, José María Gutiérrez Estrada, dirigió una carta al Presidente de la República exponiéndole la imposibilidad de establecer ese sistema en el país y la necesidad de establecer la monarquía en México con un príncipe extranjero y apoyada por un ejército también extranjero.

El folleto en que se publicó esa carta produjo en el país una indignación tan violenta que Gutiérrez Estrada tuvo que ocultarse, huyendo poco tiempo después para Europa, de donde jamás volvió.

Mas no sólo hubo este intento aislado para traer al país

una intervención armada y un monarca con ella; oficialmente solicitaron esa intervención los gobiernos de Bustamante y Santa-Anna, antes de las gestiones diplomáticas hechas por Mon; y esto el Sr. Bulnes no lo sabe tal vez.

Continuemos ahora analizando los asertos de Jauret que sirven de base al Sr. Bulnes para explorar las fuentes de la intervención de 1862.

En Enero de 1859 Calderón Collantes, Ministro de Estado de España, decía á Mon, contestando la nota de éste:—« Es de la mayor importancia establecer en México un poder fuerte y duradero; mas para convencer á México de esto bastan la persuasión moral y las disposiciones diplomáticas.»

(Advierto á los lectores que al reproducir el párrafo anterior he corregido algo la pésima sintaxis y las construcciones gallegas del Ministro Español Calderón Collantes).

A raíz de lo anterior, dice el Sr. Bulnes lo siguiente:

—« El 18 de Abril de 1860, y hay que conservar como dato precioso esta fecha para el descubrimiento de la responsabilidad del Gobierno de Juárez, la actitud del Sr. Calderón Collantes cambió completamente, pues decía al Sr. Mon. . . »

¡ Pues el Sr. Bulnes ni conservó esa fecha ni se sirvió de ella para descubrir la presunta responsabilidad del Sr. Juárez! Terminó ese capítulo sin volver á ocuparse de tan precioso dato.

Pero veamos lo que dijo Collantes á Mon:

Le dijo que Mon conocía los esfuerzos del Gobierno de Isabel II para atraerse á Inglaterra y Francia con el fin de adoptar las medidas conducentes á poner fin á la anarquía que agotaba á la República Mexicana.

Continúa Collantes diciendo que con el objeto dicho tuvo una consulta con el Embajador francés quien la trasmitió al Gobierno del Emperador que contestó, por conducto de su Ministro de Negocios Extranjeros, que Francia é Inglaterra estaban ahora dispuestas á combinar sus esfuerzos para establecer en México un Gobierno que sea reconocido por toda la Nación y ponga término al estado penoso que guarda aquel desgraciado país.

Por último, afirmaba el Ministro de Estado Español, que lo mejor sería proponer una asamblea constituyente que diera una forma estable al Gobierno Mexicano, para lo cual Mon

debía tener una conferencia con M. Touvenel para organizar una intervención tripartita, cuya sola noticia creía el Gobierno de Isabel II que alentaría á la gente honrada del país y la pondría en actitud de favorecer el establecimiento de un Gobierno que, sin restringir el *derecho legítimo* de que se disfruta en otros países civilizados, pueda reprimir el *espíritu de rebelión* que tantos males causa á México.

Aquí, y acerca de las afirmaciones de Collantes, cabe observar lo siguiente:

Primero: que para el Gobierno Español la gente honrada que había en México, en 1859, eran Lozada el Tigre de Alica, los bandidos españoles Cobos y Lindoro Cajiga, Márquez el asesino, Almanza, Bueyes Pintos y demás guerrilleros del clero.

Segundo: que para Calderón Collantes había *derechos ilegítimos*.

¡ Y osa Calderón Collantes decir que en México se debía sofocar el espíritu de rebelión! Más importaba al Ministro Español sofocar ese espíritu en España, donde, como demostraré después, era crónico, sanguinario y asolador desde 1814, y cuyo espíritu cincuenta y cuatro años más tarde, arrojó del trono á Isabel II!

Mas lo risible, lo que demuestra la ligereza con que escribe Jauret, es que este autor asegura « que España se tomó el trabajo de redactar una Constitución para reorganizar á México y que la comunicó á París y á Londres. »

El Sr. Bulnes, tan escéptico en asuntos mexicanos y tan crédulo cuando se trata de escritores extranjeros, se echó á buscar ese proyecto de Constitución; mas dice que no lo consiguió por más esfuerzos que hizo.

¡ Claro, como había de encontrarlo cuando no había tal proyecto, que sólo existió en la cabeza de Jauret!

¡ Bonita estaba España en 1860 para hacer Constituciones orgánicas de otro país!

Pero sí es verdad que con insistencia inoportuna, los diplomáticos españoles siguieron mendigando en las cortes europeas su cooperación para intervenir en México derrocando al Gobierno Republicano.

Soñaban levantar un trono en México y sentar en él un Borbón Español.

He aquí por qué Isturitz pidió en 27 de Abril de 1860 la ayuda de Inglaterra á Lord Russell quien contestó que la otorgaría con la condición de que no había de emplearse fuerza alguna en el proyecto y que se protegería el culto protestante.

Lord Russell se burlaba del Embajador Español quien no insistió más ante aquella herética pretensión de Inglaterra que lastimaba hondamente los sentimientos furiosamente católicos de España.

También M. Thouvenel acabó con las impertinentes gestiones del Gobierno Español, diciendo á Mon que Francia en manera alguna estaba dispuesta á emplear la fuerza ó medidas coercitivas en los asuntos mexicanos.

Implicaba esto un gran desdén por el Gobierno Español, pues en Mayo de 1860 Napoleón III comenzaba á ceder á favor de la intervención, sugestionado por los informes de sus representantes en México.

«Aquí, dice el Sr. Bulnes, se cierra el primer período del «proyecto de intervención de las Potencias Europeas en «México.»

Y no hace el Sr. Bulnes observación alguna sobre la agresiva política española, cuando en otros asuntos internacionales se divaga extremadamente.

El autor del libro que refuto, debió impugnar los cargos que hacían á México los funcionarios españoles, para desvanecerlos por injustos, los cargos con que manchaban el honor de nuestra patria; el Sr. Bulnes no lo hizo porque opina como opinaron los diplomáticos españoles.

La calumnia que engendraban malas pasiones para arrojarla sobre México, era aceptada en Europa, propalada por esos Ministros.

Mon, Isturitz y Calderón Collantes, hablaban sin cesar de la anarquía revolucionaria, que como una endemia morbosa imperaba en México.

Cierto es que teníamos revoluciones, pero no tan locas, tan sangrientas ni frecuentes como las que asolaron á España durante más de medio siglo.

Al verse Napoleón I amenazado seriamente por toda la Europa, armada y coligada contra él, recordó que la fuente de sus desastres era la guerra de España, tan formidable desde que fueron los ingleses á salvar la Nación.

Obligado el Emperador á abandonar la Península, quiso vengarse y soltó sobre España á la fiera, al miserable Fernando VI, que desde Valençay se había humillado ante el Emperador.

En 1814 ocupó Fernando VII el trono de España é inició su reinado planteando el absolutismo más brutal y sanguinario, persiguiendo á los grandes patriotas que desde Cádiz mantuvieron la insurrección y dieron una constitución á su patria.

Fernando VII se encontró contra los que habían luchado con los franceses y contra los que creía enemigos de la monarquía absoluta.

Innumerables fueron las conspiraciones que el Rey ahogó en sangre, llenando las prisiones y enviando á los sospechosos á Filipinas, hasta que, en 1820, estalló en las cabezas de San Juan la revolución iniciada por Priego, que se extendió por toda España.

Acobardado Fernando aceptó el plan de la revolución y juró la constitución del año de 12, comenzando desde ese día á conspirar contra las nuevas instituciones.

Se multiplicaron los motines realistas fomentados por el rey, como el de 7 de Julio de 1822 en el que los granaderos y la guardia real se pronunciaron contra la Constitución, batiéndose con la milicia nacional que los derrotó.

Al comenzar el año de 1832 brotaron infinidad de guerrillas en el Norte de España hasta los límites de Castilla y Aragón, proclamando el absolutismo.

Un guerrillero, el Trapense se apoderó de la Seo de Urgel y allí se estableció una regencia declarando á Fernando VII prisionero de los masones.

Esta sangrienta revolución dirigida por el rey y alimentada con el oro de Luis XVIII, se mantuvo poderosa pero no vencedora, hasta que invadieron á España cien mil franceses que recorrieron todo el suelo español sin encontrar resistencia, recibidos con aclamaciones de júbilo.

Los franceses persiguieron hasta Cádiz á los constitucio-